

metanos tan influyente como se ha pretendido en el nacimiento de las formas de las vulgares, si ya no pudiera sustentarse con buena fortuna que nada le debieron estas en los primeros días de su existencia.

Mayor pudo sin duda ser el efecto de la literatura y poesía hebraicas en los cristianos independientes, como que era en verdad más inmediato el contacto y roce de ambos pueblos. Ya antes de ahora hemos manifestado que establecido en Persia el Senado rabínico, después de la ruina de Jerusalem y dispersion de los judíos, fueron creadas las célebres Academias de Mehasiáh y Pombeditáh, adonde enviaron los que habían tomado asiento en la Península Ibérica sus propios hijos, á fin de que se instruyesen en la ciencia talmúdica <sup>1</sup>. Las persecuciones de que fueron víctimas los hebreos en aquellas partes del Oriente, hubieron al cabo de obligarlos á buscar nuevo asilo, donde guardar el depósito de sus venerandas tradiciones; y llamados del poderío y prosperidad de los árabes andaluces, trasladaron á Córdoba los restos de sus respetadas Academias por los años de 948.

Mas aunque desde esta época fuese España depositaria de las tradiciones rabínicas; aunque las decisiones religiosas de las *Yeshiboth* de Córdoba obligaran é ilustraran igualmente á los hebreos de los dominios árabes y cristianos, justo parece observar con los más doctos escritores que han tocado esta materia, que no habiendo dado los judíos españoles hasta mediados del siglo XI claro testimonio de que renacia entre ellos el amor á ciencias y letras, no era tampoco imaginable el que pudieran tener influencia en los cristianos respecto de este punto, antes de dicho tiempo. Cuando siguiendo la triste suerte que los cobija en todas partes, cultivan en Córdoba las letras profanas, y contribuyen con los tesoros de su lengua al desarrollo de la arábica, existían en el suelo independiente de Leon y Castilla, de Aragon y Navarra, de Galicia y Cataluña las *hablas ó romances vulgares*, que pugnaban ya por hacerse lenguas literarias, y que acaudaladas de ciertas formas poéticas acariciadas por el pueblo, debían rechazar naturalmente toda influencia contraria á las leyes de su existencia, al as-

<sup>1</sup> *Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de Esp.*, Introduccion, pág. XIV.

pirar á tan señalado triunfo. Ciertamente es que en el expresado siglo florecen poetas hebreos que como Rabí Isahák ben Reuben, Rabí Selemóh-ben Gabirol y Rabí Mosséh Aben Hezra conquistaron con su *Coleccion de Rubíes*, sus *Exhortaciones* y su *Patio del Aroma* <sup>1</sup> el título envidiable de clarísimos ingenios; cierto que más adelante adquieren igual celebridad Abraham ben Mair aben Hezra, Mosséh ben Mayemon y Jehudáh Leví ben Saul, cuyas *rimas* ponían los rabinos de más cercanos días sobre sus cabezas; pero también lo es que sus obras no pudieron en modo alguno ser conocidas, ni menos apreciadas, de los que á fines del siglo XI y principios del XII se aplicaban, sin otro estudio ni arte más que el de la inspiracion y del sentimiento, á dotar á su patria de una poesía tan espontánea y libre como la inspiracion y el sentimiento que le daban vida.

No fué, no pudo ser en consecuencia tan decisiva como se ha juzgado la influencia de la *metrificación* y de las *rimas* orientales en el nacimiento y desarrollo de las formas poéticas de la literatura española, tales como las hallamos en los primeros monumentos poéticos que han llegado á la edad moderna. Esa influencia, que se ha presentado más bien que analizado, sólo debe reconocerse en otros momentos y otras circunstancias, pues que tan grande es la necesidad en que se ha puesto la crítica de reconocerla y proclamarla. Las literaturas orientales (ya lo dejamos asentado) hacen gala en la metrificación, con que revisten su poesía, del atavío de las *rimas*; mas no porque se confiese esta verdad ha de contraerse el compromiso de deducir inmediatamente que impusieron *rimas* y *metrificación* á las literaturas vulgares, y muy especialmente á la española. Las fuentes del arte verdaderamente popular, aunque ya escrito, deben buscarse en otro más fecundo terreno.

### III.

En efecto: sólo volviendo la vista á los estudios que llevamos hechos en este volumen, es dable enlazar de una manera indes-

<sup>1</sup> *Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de España*, Ens. II, cap. I.

tructible la historia de las formas poéticas, y explicar satisfactoriamente cómo deben ser consideradas, no cual servil imitación ó préstamo de otros pueblos, sino cual legítima é indeclinable herencia de los siglos. Pruebas abundantes de esta verdad nos ofrece la exposición histórica que llevamos hecha, y no menores testimonios hemos recogido en las *Ilustraciones* I.<sup>as</sup> del I y de este II tomo, al estudiar el desarrollo y progreso de las formas poéticas de la literatura latino-eclesiástica: allí hemos visto adoptados los *metros* de la antigüedad clásica con tanto respeto como imperfección y rudeza, efecto natural de los grandes trastornos por que había ido pasando la tradición viva del arte: allí hemos visto nacer las *rimas* como inmediata consecuencia del olvido de las armonías prosódicas de la lengua del Lacio, y como espontáneo fruto de la aplicación de dos figuras creadas por el arte homérico, figuras cuyo uso es común á todas las naciones meridionales, produciendo en todas análogos, si no idénticos resultados: allí finalmente hemos apuntado la manera en que *metro* y *rimas* pudieron transmitirse de los doctos á los populares, siendo la misma Iglesia, depositaria y conservadora de toda noción artística, el más poderoso y eficaz vehículo de aquella transmisión, tan natural como poco estudiada y menos comprendida. Muchas veces lo llevamos dicho: el pueblo que ama y respeta al más alto punto cuanto aman y respetan la Iglesia y sus ministros; que tributa igual veneración que sus reyes y sus próceres á los objetos que excitan la veneración del clero, *cum clericis voces modulando in Dei laude*, para valernos de la expresión del cronista <sup>1</sup>, no pue-

<sup>1</sup> *Crón. Sil.*, núm. CIII. Tan grande y trascendental es en efecto la participación que dá la Iglesia á los fieles en la liturgia, durante toda la edad media, que el autor de la *Estrella del Cielo*, precioso Ms. de principios del siglo XVI, decía hablando de la educación de los niños:

«Quando son niños ó mochos no ha de aver entre ellos diferencia en la doctrina: quiero decir que no mires entonçes cuál ha de ser clérigo ó cuál casado, porque en todo estado y condición se deve precurar el leer y escrevir y mediano entendimiento de lo que en la Iglesia se canta» (Bibl. Escuf., IV, b. 27, cap. 41).

Obsérvese que esta enseñanza del canto sigue siendo elemento educador respecto del pueblo, y que su influencia fué por tanto activa y directa.

de en modo alguno rechazar las enseñanzas que recibe en común bajo las bóvedas del templo, si bien al sacarlas al mundo las altere y desfigure. Semejantes conquistas son para él de tan buena ley, que no le es dado vacilar en hacer de ellas pública ostentación, asimilándose las por completo, al considerarlas cual digno intérprete de sus alegrías y de sus dolores.

Claro es y evidente que esta «difícil inquisición y trabajosa pesquisa», según apellidaba el celebrado Marqués de Santillana á la investigación de los orígenes de los metros empleados por los romancistas <sup>1</sup>, ha menester comprobarse con el estudio comparativo de los monumentos latino-eclesiásticos y de los primeros monumentos escritos de las poesías vulgares. Mas cuando tomados aquellos en cuenta, de la manera que pueden hacerlo nuestros lectores <sup>2</sup>, fijamos la vista en las más antiguas poesías castellanas que han salvado las tinieblas del tiempo, esta misma comparación nos abre camino para llegar sin grave fatiga al término deseado. Aun anticipando algunas ideas y noticias propias del siguiente volumen, conforme al plan que en nuestros estudios seguimos, dirigiremos pues nuestras miradas á los cinco monumentos de más respetable antigüedad que tienen por instrumento el idioma del Rey Sábio. Tales son los dos libros de *Los Reyes Magos* <sup>3</sup>, la *Vida de Santa Maria Egipciaca*, la *Crónica ó Leyenda* <sup>4</sup> y el *Poema del Cid*, venerables primicias de un arte,

<sup>1</sup> *Carta al Condestable*, núm. IX.

<sup>2</sup> *Ilustración* I.<sup>a</sup> de este volumen.

<sup>3</sup> Refiriéndonos ahora únicamente á las formas artísticas, no creemos oportuno dar aquí descripción alguna del poema descubierto por nosotros en la Biblioteca Toletana, que tiene por asunto el viaje y presentación á Herodes de los Reyes Magos. Cuando exponamos nuestro juicio crítico sobre tan peregrino monumento de la primitiva poesía escrita, no sólo advertiremos la diferencia que existe entre él y el dado á luz por don Pedro José Pidal con el título de: *Los tres Reyes d' Oriente*, sino que procuraremos presentar un exacto *facsimile*, con particular noticia del códice que lo contiene.

<sup>4</sup> Hablamos de un raro monumento literario, dado á conocer por don Eugenio de Ochoa, publicado en Paris por el diligente Mr. Michel, y reproducido en Alemania por el docto crítico don Fernando José de Wolf con el título de: *Crónica rimada de las aventuras del Cid*, y más tarde por el diligentísimo don Agustín Duran en su *Romancero*. Al tratar de los primeros monu-

que recibiendo generoso impulso de manos del clérigo de Berceo, debia hallar inusitado desarrollo de sus formas en la córte del tercer Fernando, y muy principalmente bajo los auspicios de su primogénito el décimo Alfonso.

Veamos en efecto cuál es la enseñanza que respecto de sus formas artísticas debemos á estos monumentos. El *metro* y la *rima* aparecen en ellos informes, toscos y groseros, luchando al par con la rudeza de la naciente lengua y con su inexperiencia propia; pero dando cuenta de sus verdaderas fuentes y descubriendo en su ingénuu tosquedad las leyes á que únicamente podian estar sujetos. Dos son las formas principales del *metro* en tan peregrinas poesías; formas que fueron en todas las naciones meridionales consagradas á celebrar los hechos dignos de eterna fama durante el lento desarrollo del arte latino-elesiástico, constituyendo al nacer las lenguas vulgares todo el caudal artistico de la epopeya. Sin otra norma que la del canto, ó de una recitacion semejante á la de las oraciones, *sequentia* y prosas de la Iglesia <sup>1</sup>; sin otra medida que la determinada por el aire musical, á que se ajustaron; sin otro juez que el oido, sujeto siempre á los varios accidentes de la educacion y de una organizacion más ó menos privilegiada, pasaron dichas formas á ser patrimonio de los populares, fijándose despues en alguna manera por los semidoctos, y recibiendo por último cierta perfeccion de mano

mentos escritos de la poesía española, estudiaremos detenidamente este, que es sin duda uno de los más peregrinos que han llegado á nuestras manos.

<sup>1</sup> Aunque se ofrecerá adelante ocasion de hablar de la influencia de las *prosas* eclesiásticas en la poesía erudita, y de consignar lo que este nombre significa entre nuestros metrificadores de la edad media, no juzgamos fuera de sazón el dar aquí algun ejemplo de estas singulares composiciones rímicas, que abundan por cierto en nuestros rituales de los referidos tiempos. Oigamos pues cómo principia la del oficio del Beato Raimundo Rotense (de Rueda):

Corus iste tibi, Christe, adsit cum letitia,  
Cordis, oris melos promat dulci cum melodia.  
Gratulari et letari nunc debet Ecclesia.  
Sic Beati Raimundi celebrent solemnia,  
Cuius vita redimita spiritali gratia,  
Praesulatum sibi datum rexit hac custodia, etc.

(Villanueva, tomo XV, pág. 329.)

de los eruditos, quienes para imprimirles el sello de sus estudios, apelaron de nuevo á la imitacion de los modelos latinos.

Tres son en consecuencia las edades que importa observar en su historia para comprender dignamente este desarrollo. 1.<sup>a</sup> La en que hermanadas con las hablas vulgares, sirven de instrumento á la muchedumbre (ajena á toda aspiracion literaria) para acomodar al canto sus ideas y sentimientos. 2.<sup>a</sup> La en que formadas ya las referidas hablas, cautivan, así como estas, la atencion de los que han aprendido á escribir sin deliberado intento erudito, mereciendo ser reducidas á escritura, ora como tales metros, ora como simple prosa, sin otro deseo que el de conservar de una manera más estable lo que sólo se habia hasta entonces fiado á la memoria. 3.<sup>a</sup> La en que generalizadas ya las lenguas romances á todas las clases de la sociedad, deponen los doctos el desden natural con que hasta allí las consideraron, adoptando con ellas los *metros populares*, que en cierto modo habian canoizado, con el mismo empeño que ponian en el cultivo de los indicados idiomas.

Formas poéticas é idiomas caminaban pues por idéntico sendero, no pudiendo ser ahora propiamente conocidos sus peculiares caracteres hasta el segundo periodo de su existencia, que empezaba precisamente en el instante de ser escritos. Á tal momento nos llevan los poemas arriba mencionados, siendo la confirmacion más satisfactoria de estas observaciones: sus *metros*, derivacion palmaria de los *exámetros* y *pentámetros* latinos, así como tambien de los *tetrámetros yámbicos* ú *octonarios*, segun nos prueba el sapientísimo Antonio de Nebrija <sup>1</sup>, tienen desde diez hasta diez y ocho sílabas, manifestando así la inseguridad y falta de fijeza de los medios de apreciacion, de que los cantores del pueblo disponian, aun llegada esta segunda edad del arte. Pero tan extraor-

<sup>1</sup> No solamente hablando de los versos de diez y seis sílabas, halló Nebrija razón para buscar su origen en la antigüedad latina: «Todos los versos» (decia), cuantos yo he visto en el buen uso de la lengua castellana, se pueden reducir á seys géneros; porque ó son monómetros ó dimetros ó compuestos de dimetros é monómetros, ó trimetros ó tetrámetros ó adónicos » sencillos ó adónicos doblados» (*Arte de la lengua castellana*, lib. II, capítulo VIII).

diraria variedad, si bien puede reputarse capricho del mal educado oído de aquellos cantores, no carece de cierta ley que viene á dar razón del especial origen de los citados metros, agrupándose á cada tipo un número determinado de los castellanos, conforme á la naturaleza misma de sus hemistiquios. No debe negarse que muchos versos no siguen en los poemas de que tratamos esta disposición general; mas siendo ella la única relación que puede establecerse con cualesquiera otros versos, ajenos de nuestra poesía, claro es y evidente que bastará á legitimar la filiación de aquellos metros que ofrecen mayor regularidad y más constante semejanza en los mencionados monumentos.

Á tres principales tipos se reducen los que en ellos encontramos, fijándose en sílabas pares, como más adecuadas á la recitación musical y más propias del canto, insistiendo casi siempre en hemistiquios de diferente naturaleza. Tales son los metros de diez y ocho sílabas, cuyo hemistiquio de nueve se ha confundido por algún crítico moderno con los versos de ocho <sup>1</sup>, los de diez y seis, á que el gran canciller Pero López de Ayala apellida, en la forma que en la siguiente *Ilustración* notamos, *versetes de antiguo rimar*, recibiendo en el siglo XV el nombre de *piés de romance* <sup>2</sup>; y los de catorce, que divididos por un hemistiquio de siete, lograron en la poesía erudita de Castilla mayor fortuna que los demás, así como la habían tenido en la latino-elesiástica, y la alcanzaron al par en la provenzal y la francesa, y poco tiempo después en la italiana <sup>3</sup>. Oportuno juzgamos observar que estos metros,

<sup>1</sup> Mr. George Ticknor escribe sobre la *Vida de Santa María Egipciaca*: «El autor usa de versos cortos de ocho sílabas, aunque con alguna irregularidad,» etc. (*Hist. de la literatura Españ.* époc. I, cap. II). Prescindiendo de que Ticknor sólo ha podido conocer este poema en la forma en que se ha publicado, observaremos que aun así midió únicamente los cuatro primeros versos por él citados, sin advertir que por terminar en agudo, tenían una sílaba menos. De este error pudo salir con haber medido algunos más versos.

<sup>2</sup> Nebrija dice: «El tetrámetro iámbico que llaman los latinos octonario» ó nuestros poetas piés de romances, tiene regularmente diez y seys sílabas. E «llamáronlo tetrámetro, porque tiene cuatro asientos; octonario, porque tiene ocho piés» (*Arte de la lengua castellana*, cap. VIII).

<sup>3</sup> No creemos desacertado advertir que este es el metro, en que se hallan

ruda imitación de los *pentámetros*, se asocian con los de diez sílabas, ya emanados de los *exámetros*, ya de los *octonarios*, admitiendo al par el consorcio con los de quince, trece y doce, y

escritos los poemas del ciclo carolingio, que se han conservado en la lengua de los trovadores. La literatura francesa no se ha desprendido todavía del pentámetro, que, como la española, acogió en su cuna. Digno es de tenerse en cuenta que el primer poeta vulgar que florece en Sicilia, lo emplea también en la única obra suya que ha llegado á nosotros: Ciullo d'Alcamo, á quien aludimos, decía:

Rosa fresca aulentissima | capari in ver l'estate,  
Le donne te dessiano | pulcelle e maritate;  
Traheme deste focora; | sé teste à bolontate, etc.

(Allacci, *Poeti Antiqui*, pág. 408).

No ignoramos que algunos escritores, tales como Mr. Ginguené (*Histoire litt. d'Ital.*, tomo I, cap. VI), quieren dividir estos versos por su primer hemistiquio, para obtener metros de siete sílabas, como lo han hecho con el *Tessoroto* de Bruneto Latino; pero esto mismo puede hacerse con todos los versos pentámetros de cualquiera lengua y edad, por consentirlo así su estructura, pues que constan de dos partes absolutamente iguales. Así se vé por cierto en los versos de Pietro Jacobo Martelli, quien procuró introducir de nuevo en la literatura italiana los pentámetros, los cuales recibieron entonces nombre de *martelianos*. Este poeta decía en su tragedia titulada *Perstlides*:

Siete voi care mura | dove fui prigionero,  
Senza bramar fra lacci | la libertà premiera.

Los esfuerzos de Martelli fueron ineficaces, pues que ya había llegado á su mayor perfección la métrica italiana.—Muchos años después de trazadas estas líneas, se dá á luz en París la traducción del *Poema del Cid*, debida al docto Damás-Hinard y ya antes citada. En su *Introducción*, escrita con sumo ingenio, intenta probar que los metros castellanos son hijos de los franceses, como lo intenta respecto de la lengua, del arte y de la civilización; pero con poca fortuna. Damás-Hinard pretende, fijándose principalmente en los versos de *catorce sílabas*, que son imitación de los alejandrinos franceses, á los cuales dá sólo *doce*; y como para obtener el forzadísimo resultado á que aspira, necesita quitar y poner sílabas en los hemistiquios, según mejor le place, acaba por desnaturalizar la poética y la lengua castellana, dándonos vocales mudas y declarándolas á su arbitrio. Pero eso no puede consentirlo ningún oído español; en nuestro parnaso tienen todas las voces graves entero valor al final de uno ú otro hemistiquio: las agudas ganan generalmente en esta situación una sílaba, y las esdrújulas la pierden; mas sin alterar la naturaleza del